

La Pluma

AÑO I.

MADRID, JULIO 1920.

NÚM. 2.

El abanico de Mlle. Mallarmé.

A veces, de todo un jardín sólo conservamos las alas de una mariposa. De la hija de Stéphane Mallarmé, apenas muerta, sólo conservamos ya el recuerdo de su abanico. En la poesía que el maestro le ha dedicado, el busto de la señorita Mallarmé se adivina, etéreo, entre las curvas electrizadas que traza, en vaivén, el abanico. Es un retrato casi invisible, y será el menos perecedero: raya en el agua, o mejor aun, trazo en el aire. No parece hecho de palabras: el poeta neutraliza los símbolos del lenguaje, saltando sobre las puntas de las ideas como si llevara alas en los talones. La poesía es casi un requiebro que una brisa leve deja caer en los oídos de una dama inefable. Pero circula por toda ella una pulsación anhelosa, como el agitarse del abanico. El abanico, encandilado, revolotea sobre el ascua del brazalete, y crea poco a poco, en torno a la dama, un espacio envolvente (¡y tan dinámico!), donde vislumbramos unos ojos soñadores, adormecidos; la mano fina, que merece aprisionar un ala; el pecho sediento de aire; la comisura de la boca y, tal vez, en un parpadeo, el brazo

LA PLUMA

blanco. El «país» (¿crepúsculo de rosa y oro quizá?), como el abanico aletea, se borra. Del varillaje sólo queda un vago relámpago. Y creemos escuchar, a modo de madrigal, el ris-ras del abanico, cuando se deja caer en vuelo blanco.

La poesía de Mallarmé, tan recóndita como se quiera, nos aparece, desde luego, dotada de cierta innegable «belleza física»—primera condición que debiera exigirse siempre a los versos. La traducción en prosa, tan literal como lo consienta la índole del idioma, nos permitirá «entender» todo lo que haya que entender: trazar la línea de las oraciones, y fijar la escena dramática que hay en todo poema (escena dramática: escenario, personaje y acción). La segunda traducción—rítmica—nos acercará más al calor emocional, que no viene sólo de «entender». La idea original, redibujada, irá entrando más en nuestros hábitos de expresión poética, merced a las infidelidades ligeras que aquí—como en todo—son indispensables a la verdadera fidelidad. Así, además de entender, podremos gustar. Finalmente, la tercer traducción procura crear de nuevo la poesía de Mallarmé, sujetándose a la ley severa de su estrofa, con una equivalencia que esté más allá de la literal. Algo perderemos de camino (lo que va de «paradis farouche» a «huraña ventura»), y no es extraño: ya saben los técnicos cuánto cuesta reducir a nueve sílabas castellanas las ocho sílabas francesas. No me jacto de perfección; me conformo con saber que aspiro a la perfección.

I

O rêveuse, pour que je plonge
au pur délice sans chemin,
sache, par un subtil mensonge,
garder mon aile dans ta main.

Une fraîcheur de crépuscule
te vient à chaque battement
dont le coup prisonnier recule
l'horizon délicatement.

Vertige! voici que frissonne
l'espace comme un grand baiser
qui, fou de naître pour personne,
ne peut jaillir ni s'apaiser.

Sens-tu le paradis farouche
ainsi qu'un rire enseveli
se couler du coin de ta bouche
au fond de l'unanime pli?

Le sceptre des rivages roses
stagnants sur les soirs d'or, ce l'est,
ce blanc vol fermé que tu poses
contre le feu d'un bracelet.

II

Oh soñadora, para que yo me sumerja
en la pura delicia sin camino,
sabe, por una sutil mentira,
guardar mi ala en tu mano.

Una frescura de crepúsculo
te llega a cada compás,
cuyo golpe prisionero hace retroceder
el horizonte delicadamente.

¡Vértigo! He aquí que se estremece
el espacio como un gran beso

LA PLUMA

que, loco de nacer para nadie,
no puede estallar ni apaciguarse.

¿Sientes el paraíso feroz,
lo mismo que una risa enterrada,
fluir del ángulo de tu boca
ál fondo del pliegue unánime?

as | El cetro de las riberas rosa
estancado sobre las tardes de oro, éste lo es,
este blanco vuelo cerrado que tú dejas posarse
contra el fuego de un brazalete.

III

Oh, soñadora, para hundirme
en la pura delicia sin senda,
aprende, con sutil error,
a guardar mi ala en tu mano.

Una frescura de crepúsculo
te llega, entre palpitaciones,
cuyo latir opreso ahuyenta
delicadamente el horizonte.

¡Oh vértigo! Ya se estremece
el espacio como un gran beso
que, loco de nacer en vano,
ni estalla al fin ni se apacigua.

¿Sientes el fiero paraíso,
como una risa subterránea,
fluir del rincón de tu boca
hasta el fondo del pliegue unánime?

He aquí el cetro de las playas rosas
suspensas en tardes de oro:
¡vuelo blanco que cierras y posas
junto al fuego de tu brazalete!

IV

Oh soñadora, para hundirme
en delicioso vuelo arcano,
quieras—sutil error—asirme
del ala, cogida en tu mano.

Hay frescor de ocaso en la lenta
pulsación y, al preso latido,
delicadamente se ahuyenta
el horizonte estremecido.

¡Oh vértigo! Ya, tembloroso,
el espacio un beso parece
que, loco de nacer ocioso,
ni estalla ni se desvanece.

¿No sientes la huraña ventura
—y sorda como risa exánime—
que mana de la comisura
de tu labio hasta el pliegue unánime?

¡Oh cetro de la tarde rosa
que, en oro quieto, reverbera:
blanco vuelo que al fin se posa
junto al ascua de la pulsera!

ALFONSO REYES



Alegoría de Narciso o el mundo visto por un agujero.

I

LA abuela de Narciso se llamaba doña Prudencia. El nombre le cuadraba a maravilla. Porque la buena señora cifraba su experiencia del mundo en unos cuantos refranes y máximas, tormento de su nieto:

«Los niños hablan, cuando las gallinas mean.»

«Cuando seas padre, comerás huevo.»

«Callarse, que hay *ropa tendida*.»

Y otras advertencias por el orden, casi siempre en menoscabo de la curiosidad de Narciso, naturalmente enemigo «de los mayores en edad, saber y gobierno».

Con todo, si Narciso es hoy un sabio, a su abuela se lo debe.

Ello fué que defendiendo el niño cierto día sus imberbes derechos a la participación en los beneficios de la vida, sin esos límites arbitrarios de edad, inventados por una educación absurda, doña Prudencia le replicó con sorna compasiva:

—¡Pero si tienes todavía pegado el cascarón! ¡Qué has de saber tú, infeliz! ¡Si no has visto el mundo por un agujero!
Luego había un agujero para ver el mundo.

II

A Narciso se le ocurrió en seguida que, pues el mundo era tan ancho y los árboles estorbaban la contemplación del panorama, sin duda el agujero a que su abuela se refería había de estar en alto.

La torre de la iglesia tenía cuatro ojos abiertos a los cuatro puntos cardinales. Se captó la voluntad del hijo del sacristán, valiéndose como señuelo, por disimular su ambición, de los nidos que colgaban del alero del campanario, y una mañana de primavera hicieron «novillos» a la escuela y se aventuraron por la retorcida escalera, fría y oscura, que daba acceso a las campanas.

Una vez arriba, quedóse Narciso suspenso, prendida el alma en aquella atmósfera azul y verde del cielo y del campo. Del mundo subía un rumor confuso en que triunfaban los gritos agudos de las golondrinas volanderas.

Allí estaba el mundo entero ante sus ojos. De un lado cerrábanlo altas montañas, que se entraban por las nubes, sosteniendo el firmamento, de otra parte daba en el mar confundido a lo lejos con el cielo en un beso azul; por la falda de los montes abajo corrían cien arroyos de plata viva, reunidos al pie en un ancho río que, partiendo la tierra en dos, vertíase al cabo en el mar.

Ya iba Narciso a cantar victoria. Cuando llegó en esto a su oído el eco distante de otras campanas cuya voz casi se perdió en el aire.

Mirando entonces hacia el lugar de donde el eco procedía, acertó a ver en lo más alto de la sierra que limitaba el horizonte terrestre otra torre más elevada que la de su pueblo.

LA PLUMA

Pasaron los años. Narciso, ya mozo, pudo comprobar desde aquella torre serrana que el mundo de su niñez no era sino el angosto valle natal, y que del otro lado de la cordillera, anchos campos y vastas ciudades perdíanse bajo la niebla que el alta torre rompía.

III

Andando andando, Narciso, dueño de sí (que ya no tenía abuela), llegó otro buen día a la entrada de una caverna. Se metió de rondón por ella y siguió a través de una galería cada vez más estrecha y oscura, hasta que, aguzada la luz que de fuera llegaba en sutilísimo hilo que apenas si horadaba la tiniebla, Narciso tuvo que volver pasos atrás.

En el pueblo vecino contrató un zapador, por ver de abrir en las entrañas de aquel monte la boca opuesta a la caverna, el agujero en fin, por donde columbrar la variada extensión del mundo.

Pronto no bastaron dos zapadores, ni tres, ni ciento. La tierra, cada vez más dura y negra, resistíase al asalariado ahinco del ejército de minadores.

Así descubrió Narciso su mina de carbón.

IV

Narciso se compró un Roll-Royce para acortar el tiempo.

Y un mal día, al llegar a un puente, cerráronle el paso los carabineros. Del otro lado del río fronterizo, venía corriendo, destrenzado el cabello, una mujer, cuya túnica color de bandera, empujada por furioso vendaval, ajustábasele al cuerpo en pliegues contrarios a ritmo de la Victoria de Samotracia.

Los carabineros leyeron en el pasaporte el nombre de la fugitiva: Irene. Y la dejaron pasar el puente. Narciso le ofreció su automóvil.

V

Tanto bailaron Irene y Narciso al compás del último vals tzigano y del primer *rag-time* de *jazz-band* en el *hall* del Gran Neutral-Hotel, que los mineros levantaron los puños en alto.

Al despertar de un nuevo día, Irene se marchó, portadora de una rama de olivo, a reinar católicamente entre los príncipes cristianos.

VI

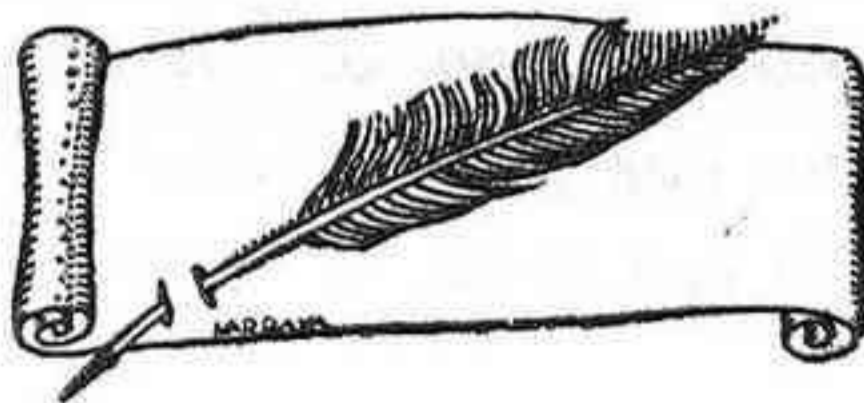
Narciso tomó el primer billete Cook de la nueva era.

Hasta llegar a una ciudad, cuya estampa prodigiosa conocía por las tarjetas postales. Venecia contemplaba su morbosa hermosura en el espejo de la laguna.

Y al cabo, Narciso, como se asomara al pozo del gran patio ducal con distraída curiosidad de turista, luego sintió que le tomaba el alma la fría sirena que en su fondo duerme. Absorto en la lejana luz que del agua muda fluía, acertó a ver en el hondo agujero sus propias pupilas.

Así descubrió Narciso el mundo de su abuela.

C. RIVAS CHERIF





Versos viejos.

(De un libro en preparación.)

La cendolilla que danza

*Eres cándida y perversa,
llena de gracia primitiva,
llena de gracia natural,
llena de gracia irreflexiva.*

*Eres como una brisa salitrosa
y atemperada que desde la mar
viene y pasa riendo sobre la tierra seca,
que eso es mi alma.*

*Sabes de las malicias, sin haberlas gustado,
adormeces los ojos líbricamente;
toda entera palpitas, como una llama:
y eres fría y no sientes latir la carne,
esa carne que yo deseo.*

*A tu gracia espontánea de animal joven
¿quién le ha enseñado el gesto torpe, lascivo?
¿Por qué no te sonríes, como los ángeles,
con tu boca divina, que yo he besado,
yo solamente... sin que tú me besaras?*

*Te adoro; yo te adoro, virgencita
insensible y alada.*

*Te adoro por tu alacridad maravillosa,
cuando en torno mío giras,
cuando en torno mío danzas*

*—como ante un sultán viejo una esclava
enamorada de un pastor ausente—,*

*cuando brincas con pies rítmicos
alocadamente,*

ebria de la danza,

ebria de ti misma,

con las naricillas rosadas tremantes,

al aire los brazos, como alas;

el incipiente seno, jadeante...

luego te apoyas en mí y tu aliento me halaga.

*¡Oh, cómo te amo cuando en torno mío giras y danzas,
y me envuelves de animalidad inocente,*

*y como que me abres los sentidos a los días remotos
del padre Adán y las selvas intactas:*

la primera salida del sol,

el mullido de la yerba tierna, infantil,

por donde volaban las primeras mariposas

que Dios crió y luego te había de dar por pensamientos.

RAMON PEREZ DE AYALA

1910



El camino de Finisterre. ⁽¹⁾

LEGUÉ a Padrón al caer la tarde, de vuelta de Pontevedra y de Vigo. Tenía el propósito de enviar a mi criado con los caballos a Santiago y alquilar un guía que me llevase a Finisterre. Difícil me sería justificar con alguna razón plausible el ardiente deseo que tenía de visitar este lugar; pero recordaba que el año anterior me había librado casi por milagro de naufragar y perecer en los peñascales que bordean aquel punto extremo del Viejo Mundo, y pensé que llevar el Evangelio a un lugar tan apartado y agreste sería acaso una peregrinación aceptada a los ojos de mi Hacedor. Verdad es que sólo me restaba un ejemplar de los que había llevado conmigo en esta última etapa; pero tal reflexión, lejos de desanimarme en mi proyecto, produjo el efecto contrario: consideré que el Señor, desde que se reveló al hombre, se había servido siempre para cumplir las más grandes obras de medios insuficientes en apariencia, y pensé que el único ejemplar restante podría por sí solo causar tanto bien como los otros cuatro mil novecientos noventa y nueve de la edición de Madrid.

(1) A punto de publicarse en la colección GRANADA (Jiménez Fraud, editor la primera versión castellana de THE BIBLE IN SPAIN, ofrecemos a nuestros lectores un capítulo característico del libro de George Borrow, de cuyas andanzas por la Península hablaremos en el próximo número.

Sabía yo que mis caballos no servían en modo alguno para ir a Finisterre, porque los caminos y sendas corrían por barrancos pedregosos, por ásperas y empinadas montañas; resolví, pues, dejarlos atrás con Antonio, a quien tampoco quería yo exponer a las penalidades de un viaje como aquel. Sin pérdida de tiempo mandé buscar un *alquilador* y le expliqué mis intenciones. Díjome que tenía a mi disposición una excelente jaca de montaña y que él en persona me acompañaría; pero al propio tiempo añadió que el viaje era terrible para hombres y bestias, y esperaba que se lo pagase con largueza. Consentí en darle cuanto me pidió; pero con la expresa condición de acompañarme él en persona, como me había ofrecido, pues no tenía yo gana de internarme en las montañas con el último bigarido del pueblo que se le antojase buscar, y que sería muy capaz de jugar-me una mala pasada. Replicó con la frase que los españoles usan invariablemente para desvanecer la desconfianza o la duda: «*No tenga usted cuidado, yo mismo iré.*» Arregladas así las cosas satisfactoriamente, a mi parecer, tomé una cena ligera y me retiré a dormir.

Había yo encargado al *alquilador* que me llamase a las tres de la mañana siguiente; pero no apareció hasta las cinco; supongo que se dormiría, pues eso fué lo que me ocurrió también a mí. Me levanté de un brinco; me vestí; puse unas cuantas cosas en la maleta, sin olvidar el Testamento que pensaba regalar a los habitantes de Finisterre, y luego salí, encontrando a mi amigo el *alquilador*, que tenía por las riendas la *jaca* en que había yo de hacer la excursión. Era un animalito muy bueno, fuerte y sano, al parecer, sin un solo pelo blanco en todo su cuerpo, negro como las alas del cuervo.

Detrás permanecía en pie un bípedo de singularísima catadura, en quien por el momento no puse atención, pero del que he de contar mucho en lo sucesivo.

Pregunté al *alquilador* si estaba todo listo, y obtenida respuesta afirmativa, me despedí de Antonio, puse en marcha la jaca y con paso vivo salimos del pueblo, tomando al principio el camino de Santiago. El tipo aquel de quien he hablado antes venía pegado a nosotros; pregunté al *alquilador* quién era y por qué motivo nos seguía, a lo cual respondió que

LA PLUMA

era un criado suyo y que nos acompañaría un rato para volverse luego. Continuamos a buen paso, hasta llegar a menos de un cuarto de milla del convento de la *Esclavitud*, un poco más allá del cual, según me habían dicho, tendríamos que dejar el camino real; en tal punto, el *alquilador* se detuvo bruscamente, y al instante todos hicimos alto. Pregunté la razón de la parada, y no obtuve respuesta. El *alquilador* tenía los ojos clavados en el suelo y contaba, al parecer, con intenso cuidado, las huellas de las vacas, mulas y caballos estampadas en el polvo de la carretera. Repetí mi pregunta con voz más fuerte, cuando, después de una larga pausa, alzó un poco los ojos, aunque sin mirarme a la cara, y dijo que creía que yo estaba en la idea de que me iba a acompañar hasta Finisterre, y que, si era así, lo sentía mucho, por ser cosa imposible de cumplir, pues ignoraba completamente el camino, y además era incapaz de hacer un viaje tan largo por tan mal terreno, no siendo ya el hombre que antaño había sido, y que él estaba comprometido a llevar aquel mismo día a Pontevedra a un caballero que le aguardaba.

—Pero—continuó—como me gusta quedar siempre como un *caballero* con todo el mundo, he tomado mis medidas para no dejarle a usted plantado. He hecho un ajuste con este individuo—añadió señalando al tipo raro—para que le acompañe. Es de toda confianza y conoce muy bien el camino de Finisterre, pues ha ido allá muchas veces con esta misma jaca que usted monta. Además será un buen compañero de viaje, porque habla francés e inglés muy bien, y ha recorrido todo el mundo.

El hombre cesó al cabo de hablar; su engaño, desvergüenza y villanía me produjeron tal efecto, que pasó algún tiempo antes de poder hallar una respuesta. Le reproché en términos muy duros su falta de palabra y le dije que se me pasaban muy buenas ganas de volver al instante al pueblo y denunciarle al *alcalde* para que le castigase a toda costa. A esto replicó:

—Señor caballero, con hacer eso no se encontrará usted más cerca de Finisterre, adonde tiene tantas ganas de ir. Siga mi consejo: meta espuela a la jaca, porque, como usted ve, se hace tarde, y hay doce leguas largas a Corcubión, donde pasará usted la noche; y desde allí a Finisterre, tampoco es grano de anís. Con este hombre *no tenga usted cuidado*: es el me-

por guía de Galicia, habla inglés y francés, y le servirá de agradable compañía.

Ya entonces había yo reflexionado que con volver a Padrón sólo conseguiría gastar tiempo, y que el intento de hacer castigar al individuo aquel no me reportaría ventaja alguna; además, como me parecía un tuante en toda la extensión de la palabra, tan buena era la compañía de cualquier otra persona como la suya. Manifesté, pues, mi resolución de seguir adelante, le dije que se volviera, y le conjuré por Dios a que se arrepintiese de sus culpas. Vencedor en este punto, pensó sacar nuevas ventajas; se colocó a una vara delante de la jaca, y me dijo que el precio que yo me había comprometido a pagar por el alquiler de la jaca (todo lo que me pidió, dicho sea de paso) era muy poco, y que antes de continuar había de prometerle dos duros más, pues sin duda estaba loco o borracho al hacer el trato conmigo. La cólera me dominó por completo, y sin pararme a reflexionar metí espuelas a la *jaca*, que le derribó en el polvo y le pasó por encima. A cien varas de distancia volví la cabeza y le vi en pie en el mismo sitio; el sombrero caído en el suelo, y que sin dejar de mirarnos se santiguaba con mucha devoción. Su criado, o lo que fuese, lejos de socorrer a su principal, en cuanto la *jaca* se movió echó a correr a su lado, sin proferir palabra, ni hacer otro comentario que golpearse vigorosamente un muslo con la mano derecha. No tardamos en pasar de Esclavitud, y un instante después volvimos a la izquierda, metiéndonos por un sendero desigual y pedregoso que llevaba a unos maizales. Pasamos junto a varios caseríos, y llegamos, al fin, a una cañada, cuyas laderas estaban cubiertas de robles enanos, y que descendía suavemente hasta un riachuelo obscuro, sombreado por los árboles, que atravesamos por un tosco puentecillo. Ya entonces había tenido tiempo de examinar detenidamente de pies a cabeza a mi singular compañero. Su estatura, estiéndose todo lo posible, quizá hubiera llegado a cinco pies y una pulgada, pero el hombre tenía cierta tendencia a encorvarse. La Naturaleza le había dotado de inmensa cabeza, poniéndosela a ras de los hombros, porque entre las piezas que entraron en su composición faltó, por lo visto, un cuello. A los lados se balanceaban unos brazos largos y musculosos. Era,

LA PLUMA

en conjunto, de armazón tan fuerte y sólida como la de un atleta. Sus piernas eran cortas, pero muy ágiles, y su rostro, largo, largo, hubiera guardado cierta remota semejanza con un rostro humano, a no haber la boca tuerta y los anchos ojos parados usurpado su sitio natural a la nariz, que era casi invisible. Su vestido se componía de tres prendas: sombrero portugués, ancho de copa y angosto de alas, viejo y andrajoso; una especie de camisa, y unos calzones de tela burda. Quise trabar conversación con él, y, recordando lo que el alquilador me había dicho, le pregunté en inglés si había trabajado siempre en el oficio de guía. Al oírme volvió los ojos hacia mí con expresión singular, y clavándomelos en el rostro soltó una risotada, dió un salto y palmoteó tres veces por encima de su cabeza. Comprendí que no me había entendido; repetí la pregunta en francés, y me respondió de nuevo con la risa, el salto y las palmadas. Al cabo, en mal español, dijo:

—Mi amo, hable en español, por amor de Dios, y le entenderé a usted, y mejor aún si habla en gallego; no puedo prometerle otra cosa. Oí lo que le decía el *alquilador*; pero es el mayor *embustero* de la tierra, y le engañó a usted en eso, como al prometerle que le acompañaría. A su servicio estoy por mis pecados; que en mal hora dejé el profundo mar y me dediqué a guía.

Me contó que era de Padrón, marinero de oficio, y que había pasado la mayor parte de su vida en la Escuadra española; sirviendo en ella, visitó Cuba y otras muchas partes de la América española.

—Cuando mi amo—continuó—le dijo a usted que yo sería un buen compañero de viaje, le dijo la verdad, la única verdad que ha salido de su boca en un mes; mucho antes de llegar a Finisterre se habrá usted alegrado de que el criado, y no el amo, haya venido con usted; mi amo es muy torpe y muy pesado, y yo soy como usted ve.

Dió dos o tres saltos mortales, volvió a reírse a carcajadas y a palmotear.

—Seguramente no se figura usted—continuó—que ayer vine de La Coruña con esa jaca y muy buena carga; llegamos a Padrón a las dos de la madrugada, y, a pesar de eso, la jaca y yo estamos dispuestos a hacer

este nuevo viaje. Como dice mi amo, *no tenga usted cuidado*; nadie ha tenido queja de la jaca ni de mí.

Hablando de esa suerte recorrimos un buen trecho del camino, por terreno pintoresco, hasta llegar a una aldea muy linda en la falda de una montaña.

—Este pueblo—dijo el guía—se llama Los Ángeles, porque su iglesia la hicieron los ángeles hace ya mucho tiempo; debajo de ella pusieron una barra de oro traída del Cielo, y que había servido de viga en la propia casa de Dios. Va por debajo de tierra desde aquí hasta la catedral de Compostela.

Atravesamos el pueblo, que, según me dijo también el guía, tenía unos baños muy visitados por los santiagueses. Torcimos hacia el Noroeste, dando la vuelta a una montaña que alzaba majestuosamente sobre nuestras cabezas su cumbre coronada de peñascos desnudos; a nuestra derecha, en otra orilla de un valle espacioso, corría una elevada cadena de montañas, que iba a enlazarse con las del Norte de Santiago. En la cima de esa cadena alzábanse unas torres almenadas, llamadas de Altamira, al decir de mi guía, restos de un antiguo castillo, ya en ruinas, que fué en otro tiempo la residencia principal que los condes de ese título tenían en la provincia. Volviendo después hacia el Oeste, no tardamos en encontrarnos al pie de un puerto muy empinado y escabroso, que conducía a una región más alta. La subida nos costó cerca de media hora, y las dificultades del terreno eran tales, que más de una vez me alegré de haber dejado nuestros caballos y de montar aquella intrépida jaquita; acostumbrada a los caminos, trepaba con mucho ánimo. y nos puso al fin, sin daño, en lo alto de la subida.

Allí entramos en una *choza* gallega para reponer nuestras fuerzas y las del caballo. El cuadrúpedo comió un poco de maíz, y los dos bípedos nos regalamos con *broa* y *aguardiente*, servidos por una mujer que encontramos en la choza. Salí fuera unos minutos a observar el aspecto del país, y al volver encontré al guía profundamente dormido en el banco donde le dejé. Estaba sentado, muy tieso, con la espalda apoyada en la pared y las piernas colgando a unas tres pulgadas del suelo, porque eran dema-

LA PLUMA

siado cortas para llegar a él. Cinco minutos lo menos estuve contemplando su reposo, tan profundo y tranquilo como el de la muerte. Su rostro me recordaba mucho esas singulares fisonomías de santos y monjes que a veces se encuentran en las hornacinas de los muros de los conventos en ruinas. No había ni el más ligero vislumbre de vitalidad en su semblante, que por el color y la rigidez pudiera parecer de piedra, tan informe y tan tosco como una de esas cabezas de piedra de Icolmkill que han desafiado las intemperies de doce siglos. Mirándole estuve hasta que empecé a sentir cierta alarma, pensando que la vida podía haber huído de aquella maltrecha y extenuada máquina. Le sacudí con fuerza por un hombro, y lentamente se despertó, abrió los ojos asombrado, y luego los cerró. Durante unos momentos no supo, con toda evidencia, dónde estaba. Le dí voces preguntándole si pensaba pasarse el día durmiendo, en lugar de llevarme a Finisterre; al oírme, se dejó caer sobre las piernas, arrebató el sombrero que yacía en la mesa, y en el acto salió por la puerta corriendo y gritando:

—Sí, sí, ya me acuerdo; sígame, capitán, y le llevaré a Finisterre en un vuelo.

Le seguí con la vista y tomó a todo correr la misma dirección que antes traíamos—. Espera—le grité—; espera. ¿Me vas a dejar aquí con la jaca? Espera; aún no hemos pagado el gasto. Espera—. Pero no volvió la cabeza ni un instante, y en menos de un minuto se perdió de vista. La jaca, atada al pesebre en un rincón de la choza, comenzó a dar relinchos terroríficos, a manotear y a erizar la cola y la crin de un modo extraño. Tanto tiraba del ramal, que temí que se estrangulara.

—¡Mujer!—exclamé—, ¿dónde anda usted y qué significa todo esto?

Pero la huéspedada había desaparecido también, y aunque recorrí la *choza* dando fuertes voces, no obtuve respuesta.

Continuaban los relinchos de la jaca, y los tirones que daba al ramal eran cada vez más fuertes.

—¿Estoy rodeado de locos?—grité, y arrojando sobre la mesa una *peseta* desaté el caballo e intenté ponerle el bocado, pero no lo conseguí. Apenas solté el ramal comenzó la jaca a tirar hacia la puerta,

a despecho de cuantos esfuerzos hice para impedirlo.—Si te escapas —dije— mi situación va a ser divertida.—Pero todo tiene remedio; de un brinco monté en la silla, y un instante después el animalito me llevaba, en rápido galope, por un camino que supuse sería el de Finisterre.

La situación, divertida para el lector, era para mí bastante apurada. Hallábame a lomos de un caballo fogoso, sin medio alguno de gobernarlo, a todo correr por un camino peligroso y desconocido. No parecía ni rastro del guía, ni encontré a nadie a quien pedir noticias. La verdad es que, dado caso de alcanzar a un pasajero o de cruzarme con él, apenas habría tenido tiempo de dirigirle la palabra: tan veloz era la carrera del caballo. «¿Estará este animal enseñado a estas cosas?—pensaba yo—. ¿Me llevará a una cueva de ladrones, que me corten el cuello? ¿No hace más que seguir por instinto a su amo?» No tardé en desechar ambas suposiciones. La velocidad de la jaca amenguó; al parecer, había perdido el camino. Miró en torno con inquietud; al cabo llegó a un arenal, pegó el hocico al suelo, y de pronto se tumbó, revolcándose de una manera verdaderamente caballuna. No me hice daño, y al instante aproveché la ocasión para ponerle el bocado, que antes llevaba colgado del pescuezo. Volví a montar y me puse a buscar el camino.

No tardé en encontrarlo, y seguí adelante. El camino iba por un yermo poblado de brezos y tojos y sembrado de pedruscos. El sol, ya muy alto, calentaba de firme. Encontré alguna gente, hombres y mujeres, que me miraba sorprendida, maravillándose, probablemente, de que una persona como yo anduviese sin guía por tales sitios. Pregunté a dos mujeres si habían visto a mi guía; pero no me entendieron o no quisieron entenderme, y después de cambiar entre sí unas pocas palabras en uno de los cien dialectos de Galicia, siguieron su camino. Luego de atravesar el descampado, llegué de improviso a un convento al borde de un profundo barranco, por cuyo fondo corría un rumoroso arroyo.

El lugar era bello y pintoresco; espesas arboledas poblaban las vertientes del barranco; del otro lado surgía una montaña alta y obscura. El convento, muy capaz, parecía abandonado. Pasé junto a él, y al instante llegué a una aldea, tan desierta, por las muestras, pues no hallé ser vivien-



LA PLUMA

te, ni siquiera un perro que me saludara con sus ladridos. Me detuve en una fuente de piedra, que vertía sus aguas en una pila. Sentada en la pila, con los brazos caídos y los ojos clavados en la montaña vecina, estaba una figura humana, que aún se presenta frecuentemente a mi fantasía, sobre todo cuando duermo y me oprime una pesadilla: era mi fugitivo guía.

Yo.—Buenos días tenga usted, caballero. El tiempo está caluroso, y ese agua exquisita convida a beberla. Tentado estoy de apearme y regalarme con un trago.

EL GUÍA.—Su merced no puede hacer mejor cosa. Hace mucho calor, en efecto; lo mejor es que beba un poco de agua. También yo acabo de beber. Pero le aconsejo que no dé agua al caballo, está jadeante y muy sudado.

Yo.—Ya puede estarlo. He venido galopando lo menos dos leguas en busca de un individuo que se comprometió a llevarme a Finisterre, pero que me ha abandonado de la manera más extraña del mundo: tanto, que he llegado a creer que era un bandido, no un hombre honrado. ¿No le ha visto usted, por casualidad?

EL GUÍA.—¿Qué señas tiene?

Yo.—Bajo, grueso, muy parecido a usted, giboso y, con perdón de usted, muy feo.

EL GUÍA.—¡Ja, ja! Le conozco. Hemos venido corriendo juntos hasta la fuente, y aquí me dejó. Caballero, ese hombre no es un ladrón; si algo es, es un *nuveiro*, un hombre que anda por las nubes, y que, a veces, un soplo de viento se lo lleva. Si alguna vez vuelve usted a viajar con ese hombre, no le permita beber más de una copa de anís cada vez; de lo contrario, se subirá a las nubes, le dejará a usted y andará por ahí corriendo hasta que dé con un arroyo, o pegue con la cabeza en una fuente; entonces, con un trago, vuelve a ser lo que era. ¿De manera, señor, que va usted a Finisterre? Pues vea usted qué rareza: un caballero [muy parecido a usted me ajustó esta mañana para que le llevara allí también; pero se me ha perdido en el camino. Me parece lo mejor que continuemos juntos hasta que encuentre usted a su guía y yo a mi amo.

Podían ser las dos de la tarde cuando llegamos a un puente, largo y

ruinoso, muy antiguo al parecer, llamado, según el guía, puente de Don Alonso. Atravesaba una ensenada, o más bien una ría, porque el mar no estaba lejos; a nuestra derecha quedaba la pequeña ciudad de Noya.

—Cuando atravesemos el puente, capitán—dijo el guía—, llegaremos a país desconocido, porque yo no he pasado nunca de Noya, y de Finisterre, no sólo no he estado allí nunca, pero ni siquiera he oído hablar. He preguntado a dos o tres personas, desde que nos pusimos en camino, y saben tanto como yo. Sin embargo, bien mirado todo, creo que lo mejor es seguir hasta Corcubión, a unas cinco leguas de aquí, adonde quizá lleguemos antes de cerrar la noche si damos con el camino o encontramos quien nos guíe; porque, como ya le he dicho, yo lo desconozco en absoluto.

—En buenas manos he caído—respondí—. Creo, en efecto, que lo mejor es ir a Corcubión, y allí quizá sepamos algo de Finisterre y se encuentre un guía que nos lleve.

Entonces, con nuevos brincos y cabriolas, echó a andar con paso rápido, deteniéndose a veces en una *choza* con el propósito de adquirir informes, supongo yo, aunque apenas entendí una palabra de la jerga en que él y sus interlocutores hablaban.

A poco llegamos a un terreno por demás agreste y montuoso. Subimos y bajamos barrancos; vadeamos arroyos, y nos arañamos la cara y las manos en las zarzas, deteniéndonos a veces a coger moras silvestres, de que había cosecha abundante. Por camino tan duro avanzábamos muy despacio. La jaca iba detrás del guía, tan pegada a él, que casi le tocaba en el hombro con el hocico. El país era cada vez más agreste, y una vez que dejamos atrás un molino, ya no vimos rastro de vivienda humana. El molino estaba en el fondo de una hondonada, sombreada por grandes árboles, y sus ruedas, al girar, hacían un ruido triste y monótono.

—¿Llegaremos a Corcubión esta noche?—pregunté al guía cuando, al salir del valle, nos encontramos en un descampado sin límites, al parecer.

EL GUIA.—No; no podemos, y este descampado no me gusta nada. El sol va a ponerse en seguida, y entonces, como haya niebla, nos encontraremos a la *Estadea*.

LA PLUMA

Yo.—¿Qué es eso de la *Estadea*?

EL GUÍA.—¡Qué es eso de la *Estadea*! ¿Me pregunta mi amo qué es la *Estadinha*? No me he encontrado a la *Estadinha* más que una vez, y fué en un sitio como éste. Iba yo con unas mujeres, y se levantó una niebla muy espesa. De pronto empezaron a brillar encima de nosotros, entre la niebla, muchas luces; había lo menos mil. Se oyó un chillido tremendo, y las mujeres se cayeron al suelo, gritando: ¡*Estadea, Estadea!* Yo también me caí y gritaba: ¡*Estadinha! Estadinha!* La *Estadea* son las almas de los muertos que andan encima de la niebla con luces en las manos. Con franqueza, mi amo, si encontramos a las almas, me escapo y no paro de correr hasta tirarme de cabeza al mar. Esta noche ya no llegamos a Corcubión; mi única esperanza es que encontremos por aquí una *choza* donde podamos defendernos de la *Estadinha*.

La noche se nos echó encima antes de atravesar el despoblado; pero no hubo niebla, con gran contento de mi guía, y un pico de luna alumbraba parcialmente nuestros pasos. Estábamos, sin embargo, en una situación muy triste: aquel era el páramo más desolado de la provincia más agreste de España, ignorábamos el camino y apenas si sabíamos adónde íbamos, porque el guía me dijo repetidas veces que no creía en la existencia de un pueblo llamado Finisterre, que sería, todo lo más, alguna montaña solitaria señalada en el mapa. Si me ponía a reflexionar sobre el carácter de mi guía, no encontraba grandes motivos de tranquilidad ni de aliento; en el caso más favorable, era evidentemente un hombre medio tonto, sujeto, por confesión propia, a ciertos paroxismos que no se diferenciaban esencialmente de la locura. Su insensata huída de cerca de tres leguas, aquella misma mañana, sin causa aparente para ello, y últimamente su loco y supersticioso temor de encontrar a las almas de los muertos en el despoblado, caso en el que se proponía, según me dijo, abandonarme y correr en busca del mar, me impresionaron fuertemente. Pensé también en la posibilidad de que no estuviésemos en el camino de Finisterre ni en el de Corcubión, y resolví acogerme a la primera choza que encontrásemos, para no correr el riesgo de rodar a un precipicio y rompernos la nuca. Pero no se veía cabaña alguna; el despoblado parecía intermina-

ble, y por él anduvimos hasta que se puso la luna, dejándonos en casi total obscuridad.

Al cabo llegamos al pie de una cuesta muy escarpada, a la cual subía un agrio sendero.

—¿Será este nuestro camino?—pregunté al guía.

—No nos queda otro, capitán—respondió el hombre—. Subiremos, y cuando estemos arriba veremos el mar, si es que está cerca.

Eché pie a tierra, porque subir a caballo por tal sendero en plena obscuridad hubiese sido locura. Trepamos en hilera: primero, el guía; detrás, la jaca, con el hocico pegado, como de costumbre, al hombro de su amo, a quien quería apasionadamente, y yo a retaguardia, agarrado con la mano izquierda a la cola del caballo. Dimos muchos traspiés y más de una caída; cierta vez rodamos todos por la falda del cerro. A los veinte minutos llegamos a la cima; miramos en torno, pero no vimos el mar; un páramo obscuro, apenas entrevisto, se extendía, al parecer, por todos lados.

—Vamos a tener que acampar aquí hasta mañana—dije yo.

De pronto mi guía me tomó una mano.

—Allí hay *lume*, *senhor*—decía—; allí hay *lume*.

Miré en la dirección que me indicaba, y después de esforzarme un rato, me pareció ver a cierta distancia, muy por bajo de nosotros, un débil resplandor.

—Eso es *lume*—exclamó el guía—, y procede de la chimenea de una *choza*.

A la bajada del cerro vagamos sin rumbo no poco tiempo, hasta que nos encontramos en medio de seis o siete chozas negras.

—Llama a la puerta de una cualquiera—dije al guía—y pregunta si pueden darnos asilo por esta noche.

Así lo hizo, y al instante apareció un hombre con una tea encendida en la mano.

—¿Puede usted guarecer a un *cabalheiro* contra la noche y la *estadea*?—preguntó el guía.

—Sí puedo, gracias a Dios—dijo el hombre.

LA PLUMA

Era de figura atlética; no llevaba zapatos ni medias, y, en conjunto, le encontré muy parecido a los campesinos de los pantanos de Munster.

—Hagan el favor de entrar, caballeros; podemos acomodarlos a ustedes y también a la *cabalgadura*.

La choza donde entramos estaba dividida en tres compartimientos; en el primero había yerba, en el segundo estaban las vacas y en el tercero la familia, compuesta del padre y la madre del hombre que nos había abierto y de su mujer e hijos.

—Usted es catalán, señor caballero, y va a buscar a sus paisanos de Corcubión—dijo el hombre en regular español—. ¡Ah! Ustedes los catalanes son buena gente y tienen muy buenos establecimientos en las costas gallegas; la lástima es que se llevan todo el dinero fuera del país.

No tengo, en cualquier circunstancia, el menor inconveniente en pasar por catalán; en aquel caso más bien me alegré de que una gente tan salvaje creyera que yo tenía en las vecindades amigos poderosos y compatriotas que estaban, acaso, aguardándome. Favorecí, pues, su error, y empecé a hablar, con fuerte acento catalán, de la pesca en Galicia y del impuesto sobre la sal. El guía me miró un momento con expresión singular, entre seria y burlona; sin embargo, no dijo nada; se dió un palmetazo en el muslo, como de costumbre, y pegó tal brinco que casi dió en el techo con su risible cabezota. Preguntando, supe que aún faltaban dos leguas hasta Corcubión, y que el camino, por cerros y páramos, era difícil.

Nuestro huésped nos preguntó si teníamos hambre; le respondimos que sí, y trajo una docena de huevos y un poco de tocino. Mientras se aderezaba la cena, mi guía sostuvo con la familia una larga conversación; pero como hablaban en gallego no pude entenderlos. Creo que principalmente se referían a brujas y hechicerías, porque nombraban mucho la *estadea*. Después de la cena pregunté dónde podría descansar; el huésped me señaló una trampilla en el techo, diciendo que encima había un desván a propósito para dormir, y en él encontraría paja limpia. Por pura curiosidad pregunté si no había en la choza ninguna cama.

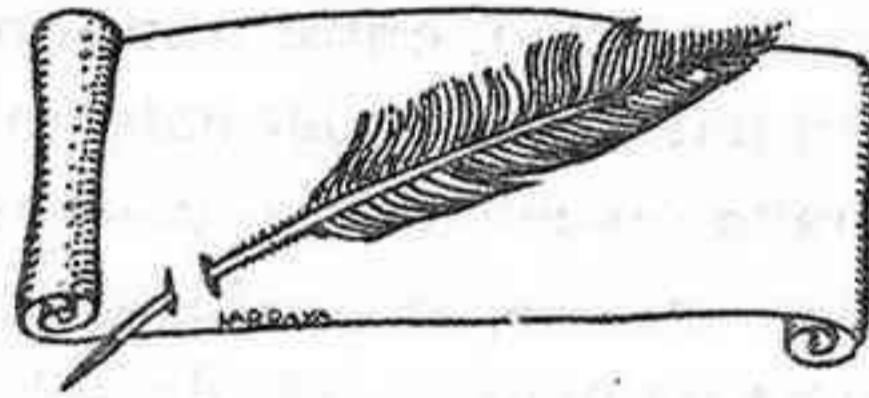
—No—replicó el hombre—; ni las hay hasta Corcubión. Yo nunca me

he acostado en cama, ni nadie de mi familia; dormimos en el suelo o en la paja con el ganado.

Como viajero experto me abstuve de lamentarlo; subí por una escalera al desván, bastante ancho y casi vacío; puse la capa por almohada y me tendí en las tablas, prefiriéndolas por más de un motivo a la paja. Durante un buen rato estuve oyendo a la gente aquella hablar en gallego, y entre los intersticios del piso veía los resplandores de la lumbre. Las voces se extinguieron poco a poco; el fuego se fué apagando y dejé de verlo. Me adormecí, desperté, me adormecí de nuevo, y caí por último en profundo sueño, del que sólo desperté al segundo canto del gallo.

G. BORROW.

(Traducción de Manuel Azaña.)





de "La Dame de Cœur".

Salón.

SE inauguró lo que llaman Exposición Nacional de Bellas Artes el 1.º de junio. En los jardines, todas y todos, se apiñaban frente a las escalinatas inaccesibles aún para resolver, cada cual por sí, una seria duda: ¿Está el Rey más pálido? ¿Está más delgada la Reina? Cuando aparecieron en el pórtico, entre uniformes y levitas, y desfilaron la tropa, y resbalaron hasta el pie del palacio los charolados automóviles, ya la duda estaba resuelta. Poco después todos se precipitaban al asalto de las salas francas, dejando sola, bañada en la verde luz de las frondas, con raros manchones de sol en el cuerpo, a la *Serenidad* de Clará, que no se atrevía a seguir al público.

Un primer vistazo a las salas justifica plenamente la actitud de la diosa. Ciertamente hay allí, visibles desde la entrada, más compañeras tuyas; pero sin duda las conoce bien y lo demás no le interesa. A nosotros, francamente, tampoco. Buscamos, entre la muchedumbre, una sonrisa de amiga, una toilette, no un cuadro: a veces, por entre dos cabezas, asoma un lienzo espantoso; pero ya, por fortuna, del todo Madrid que se apretuja, sudoroso y risueño, entre los cuadros, se

desprende un amigo, tendiendo la mano, a hablar de todo menos de arte. Lo mismo que la Exposición Nacional.

* * *

Para verla hemos tenido que volver otros días. La Dame de Cœur no ha perdido aún todas sus ilusiones. Todavía se figura que la maravilla está acechando detrás de una puerta, y que sólo aguarda a que la busquemos para mostrarse. ¡Ay! ¡Malogrado optimismo, expuesto sin cesar a los golpes más rudos!

Un «amigo del arte»—en el pequeño sentido de la palabra—, acompaña a la Dame de Cœur.

—Enséñeme usted lo esencial de la Exposición, lo indiscutible, lo nuevo.

Él vacila un poco y se para delante de un Julio Moisés, un retrato de mujer joven, con ciertas pretensiones de elegancia. La Dame de Cœur ha debido hacer una mueca, porque su acompañante ha pasado de prisa a otro asunto. Ahora están los dos ante *La Senda*, de Alcalá Galiano:

—A usted como mujer le interesará esto.

¿Como mujer? ¿Qué idea de la mujer tiene mi encopetado amigo? A una mujer pueden interesarle las monjas, y hasta puede ser monja ella misma, cosa imposible para un hombre, fuera de los cuentos de Lafontaine (1). Pero ¿éstas...? ¡Ni pintadas! Es decir, ni aunque estuvieran bien pintadas. Esas monjas, ese mar, esa fantasmagoría de luz que no parece sino el gabinete iluminado por bombillas rojas de las casas cursis, no son de este mundo. Más de pintor hubiera sido el baño de las monjas. Pero, para un asunto así, hay que tentarse la ropa... y quitársela al modelo.

El acompañante quiere mostrarnos un Huidobro que nos rubori-

(1) ¡Qué horror de cita! ¿Qué pensarán de mí los eruditos? Dése por retirada.

LA PLUMA

za, a pesar de que estamos curada (así en singular) curada de espanto, y huimos, no tan de prisa como de otra sala, para imitar a la *Salomé*, que, en el fondo de ella, huye para ocultar una cabeza que ha robado, o quizá para que no vean sus malas formas.

Hemos sonreído a unas criaturas de Hermoso que nos enseñan los dientes, nos han atraído como en una tienda de chamarilero los cacharros talavereños, los encajes de Lagartera, de Ramón de Zubiaurre, y en un gran Vázquez Díaz se ha encendido de repente a nuestros ojos el arabesco de llama del *San Mauricio* de Teotocópuli; sólo que aquí es una llama de alcohol, muy tenue. Pero éste es un pintor. Si sus toreros no bastaran, véase un retrato de mujer, metido en un rincón por el clarividente Jurado. Un retrato superior a casi todos los del concurso, al de Piñole, a la *Madre* de Grosso, a los de Zaragoza. Algún Llorens, algún Frau, algún Gómez Alarcón, algún Meifrén (sin que se enteren mis amigos, que no me lo perdonarían nunca) me atraen. ¿Y los Solanas? Si el «amigo del arte» me dejara verlos bien, yo los preferiría a toda la Exposición... Pero me lleva ante unos paisajes que le extasían y le hacen abrir mucho la boca: Regoyos. ¿Regoyos? Migajas de Regoyos, honradas ahora por los mismos que le colgaban, vivo, en la sala del crimen.

Pregunto:

—¿Y los maestros?

He ahí a Chicharro, distinto esta vez de su manera habitual, me dicen. A mí me parece que si *Dolor* no fuese de Chicharro merecería serlo; y me parece con su mesa rústica y sus enlutadas figuras de pueblo, tan artificioso como el tríptico de Armida. Ahí está Rusiñol, con un paisaje, para no hacernos olvidar sus lienzos en que la Naturaleza se quedaba encantada, y Mir, con obras de menos quilates que otras veces, bastantes, sin embargo, para sorprender al que no le conozca. Y nadie más...

Los maestros ya no van a las Exposiciones, o van por compromiso, o por la medalla de honor. En la Exposición de este año hay obras estimables: faltan los diez o doce cuadros que hacen una Exposición y a cuya sombra los mediocres parece que ganan.

Comparada con la pintura, la escultura es aún más mezquina. Clara es imponente; el torso de Inurria me ruboriza; los otros... ¡Hace tanto calor y está tan lejos y va tan poca gente al palacio de cristal!

* * *

—Una eximia escritora—no hemos de nombrarla—fué, hace años, elegida para la presidencia de una sección literaria en cierta docta casa que tampoco mencionaremos. Cuéntase que, reunidos por ella en su morada particular, los individuos que formaban la sección, detuviéronse a contemplar un busto de la dama, hecho tiempo atrás por un artista de renombre.

La eximia escritora, dirigiéndose a uno de sus compañeros de sección, ilustre autor dramático, y mirando complacida la obra de arte, le preguntó:

—¿Verdad que entonces era yo muy hermosa?

El autor de *Canción de cuna*—ya dijimos que no nombraríamos a nadie—, un poco azorado, contestó:

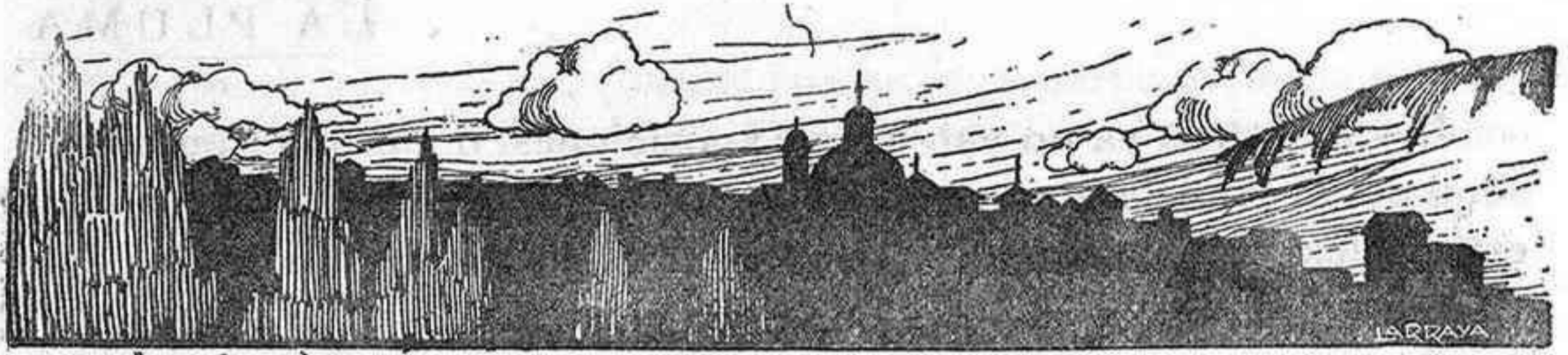
—Señora, y todavía...

En esta Exposición Nacional, las Artes parecen formular una pregunta análoga:

—¿Verdad que todavía somos bellas?

La Dame de Cœur se azora y no sabe qué contestar.

LA DAME DE CŒUR



... castillo famoso.

MADRID está sin hacer porque lo hemos pensado poco. Madrid crece en libertad, como zarza al borde de un camino. Si pensásemos más en él, Madrid sería una proyección de nuestro espíritu; a fuerza de explicarnos Madrid unos y otros, acabaríamos por crearlo. Lo contrario sucede hoy; cuantos aceptan el Madrid carreteril y polvoriento que la espontaneidad desenfrenada va formando, y pretenden extraer de la pobreza triste de lo pintoresco madrileño un valor duradero, se encierran, con abnegación poco envidiable, en una perspectiva no más amplia que el horizonte de la calle de Tudescos y llevan a su espíritu, por todo fermento, un puñado de broza municipal. El apetito de una mente activa es sobreponerse al medio que la rodea, y transformarlo, adaptándolo a su norma. Mi ambición, es claro, no llega a tanto: la indolencia me retiene, y el alma de déspota constructor que llevo dentro, dormita. Pero si yo pudiese derribar Madrid (sin exceptuar la fachada del Hospicio, ¡qué diablo!) y, cediendo al insinuante Tentador, me comprometiese a reedificarlo en tres días, no iba a formarlo a imagen y semejanza de un concejal. Sin ofensa de nadie, el alma de un concejal es el último arquetipo a que uno quisiera acudir. La mente crea, por decirlo así, la realidad, y el concejal es un ser increado que se inserta en ella sin que nadie le llame y, por añadidura, la administra.

Años hace, hablaba yo con un edil no del todo mal intencionado. Le conocí de vista mucho tiempo antes de su advenimiento a la concejía: corpacho musculoso, poca alzada, bigotes foscos y mofletes colorados. Vestido con una blusilla a rayas azules, y liado a la cintura un mandil verde, cruzaba a diario por mi calle a la misma hora, de vuelta del madero. Acompañábale un camarada y llevaban al hombro unos dornajos, llenos, al parecer, de las sustancias innombrables de que hacían provisión para su casquería. Avanzaban con andar solemne, echando a compás los remos protegidos por gruesos zapatones, y departían en un castellano cazcarrioso, difícil de reconocer bajo aquella prosodia de la periferia. Pasado algún tiempo, le vi una noche en el palco municipal del Español: más gordo, con piedras preciosas en los dedos, raya hasta el cogote y mostachos corniveletos, mal domados por las tenacillas. Era cacique electorero, miembro de no sé qué partido histórico y primera vara del Municipio. Pasaba por ser un tipo madrileñísimo y él se lo creía. Ante todo, estaba por Goya, y con ferocidad de hiena pugnaba por desenterrar el cuerpo del pintor para llevarlo a la margen del río, donde, a su parecer, se pudriría más a gusto, arrullándole el sueño los pianos de la Bombilla. Era entusiasta de la BANDA MUNICIPAL, cuando aún nos la envidiaba el extranjero, y todos los veranos, durante la época de su mando, organizaba por Santiago un desfile de la «histórica guardia amarilla», tropel de bigardos que daba escolta a una procesión de barrio, ofreciéndonos un trasunto emocionante de nuestras vetustas glorias. En cuanto me aventuré a decirle que las verbenas son fiestas horrendas, tan faltas de amenidad como sobradas de aceite frito, se enfadó y me echó el fallo, llamándome intelectual, con lo que me dí por muerto en su aprecio. A pesar de este fracaso, podría rehacerse Madrid metiendo en el cerebro de sus cacichanes lo que otros han pensado. Ninguna imposibilidad racional se opone a ello. Si el filósofo animaba una estatua acercándole una rosa a la nariz, podría probarse a poner un entendimiento concejil al alcance de una idea; por mucho que digan, acaso le hiciera tanto efecto como al bloque de mármol la fragancia de la flor. La dificultad nace del número. Tan enteco y desmedrado está Madrid que no es capaz de digerir y asi-

LA PLUMA

milarse el aluvión irrestañable de seres «primarios» que de todos los ámbitos de la Península viene sobre él y le pasa por encima. «Todos los días entra un tonto por la puerta de San Vicente», se decía antaño; esa estadística, establecida acaso por un timador, me parece fraudulenta; pero aun siendo exacta, Madrid no tiene solera bastante para ennoblecer al tonto que viene por la puerta de San Vicente ni a los que entran por las otras puertas. Madrid no es un hogar prestigioso. Es un parador. O si se quiere, un campamento donde las generaciones se suceden como caravanas, y cada una encuentra por todo legado de las precedentes los tres cantos ahumados en que se pone a hervir el puchero.

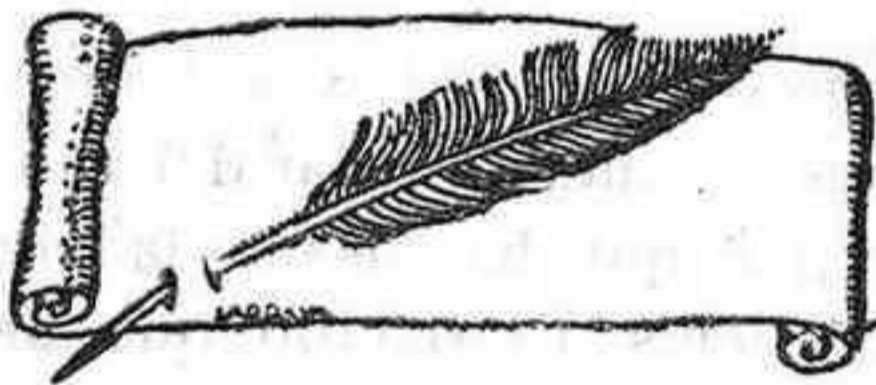
Si no existe una idea de Madrid es que la villa ha sido corte y no capital. La función propia de la capital consiste en elaborar una cultura radiante. Madrid no lo hace. Es una capital frustrada como la idea política a que debe su rango. La destinaron a ciudad federal de las Españas, y en lugar de presidir la integración de un imperio no hizo sino registrar hundimientos de escuadras y pérdidas de reinos. No conoció los tiempos de esplendor. Carecía de fuerza propia, al revés de aquellas repúblicas de mercaderes que arribaban a la cultura superior ahítas de riqueza. No tuvo tampoco un tirano de gran estilo, de esos que sacian su amor a la gloria levantando monumentos. Iba a ser emporio de dos mundos y quedó reducido a sede de una dinastía de locos, albergue de millares de frailes, donde pululaban unos burgueses famélicos a quienes se permitía vivir en casuchas inmundas emparedadas entre los conventos y los palacios de la grandeza. El pueblo siempre ha estado ausente de la historia de Madrid, salvo para gritar de hambre; y salvo también aquel día, madrileño como ninguno, en que se sublevó al saber que le raptaban un infante que por casualidad era imbécil. Madrid, macerado por la pobreza y aislado del mundo, no ha conocido más gloria ni diversión que las pompas regias. Tres siglos se ha pasado comentando los saraos palatinos, los bailes de la grandeza y los entierros, corridas y bodas reales. Madrid, extasiado ante las carrozas de los reyes, admiraba el esplendor luiscatorceno de los arneses con orgullo apenas velado por una sonrisa de superioridad benévola, como si alabase con ligereza elegante blasones

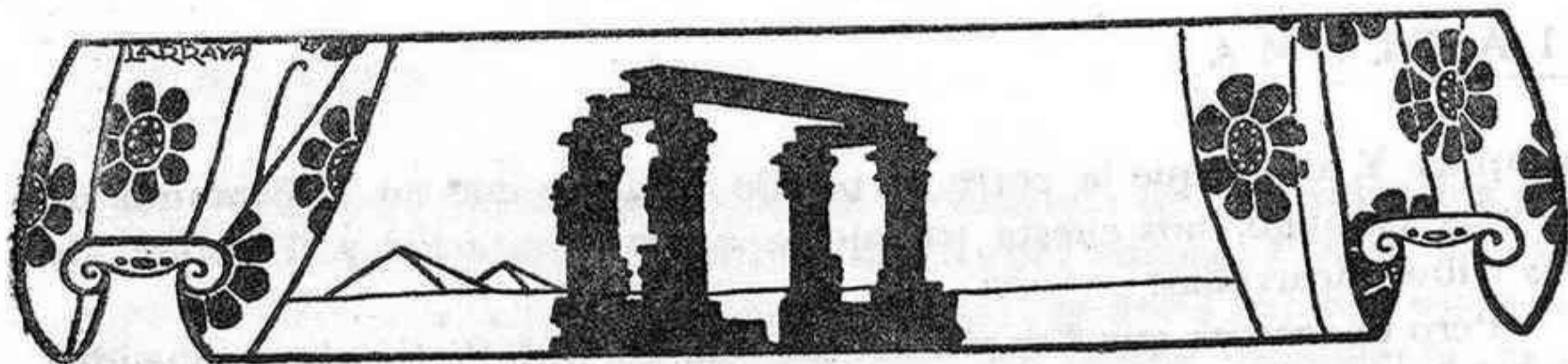
LA PLUMA

propios. Y ahora que la corte se pierde cada vez más en la baraunda de la villa en auge, nos cuesta trabajo captar la admiración y el respeto de las tribus alcarreñas.

Pero el caso es que España necesita un Madrid. Partiendo de una idea de España, Madrid se obtiene por pura deducción. Como designio, Madrid participa de la perennidad de una idea que tal vez nunca se realice.

EL PASEANTE EN CORTE





El espíritu público en Francia durante el armisticio.

I.—Razón de una actitud personal.

AUNQUE no pretendo que desde hoy se tome por definitivo mi punto de vista, creo que se puede hablar del año del armisticio como de un momento singular por que ha pasado la conciencia francesa, y del que cada día está más lejos. El tiempo que media entre el fin de las hostilidades y la ratificación de la paz es una etapa de incertidumbre y laxitud. No era ya la guerra; pero la sociedad movilizada para la defensa no podía volver a sus antiguos quicios con la misma prontitud que los dejó, ni era tampoco posible que los combatientes, ya estuviesen enardecidos por la victoria, o exasperados por las penalidades de la campaña, o simplemente deseosos de soltar la pesadumbre de las armas, se acomodaran de buenas a primeras al blando descuido de la vida civil. Parece como si entre el momento de abandonar la trinchera y el de zambullirse de nuevo en la oficina o en el taller hubiese habido una parada, un silencio solemne, en que el espíritu público, recogido sobre sí mismo, esperó. Subsistía la tensión de las almas; los pechos se habían esforzado tanto

que albergaban naturalmente la esperanza en una paz de grandeza moral equivalente el sacrificio cumplido en la guerra. La opinión pública se cebaba de ilusiones y proyectos: el país, salvado de la destrucción con tanta gloria (ignorábase aún a cuanta costa) iba a inaugurar una vida grandiosa. Germinaba el deseo de renovarse; más que deseo, era la convicción de la necesidad de inventar. Todo tendría que ser nuevo: la economía, la democracia, la universidad, el arte, el ejército; todo nuevo, y muy francés; decíase que la nación, por salir depurada de aquel trance, y luego de hacer un leal examen de conciencia, iba a consagrarse, al amparo de garantías razonables y con el apoyo moral y material de sus aliados, a enmendar yerros antiguos y a restañar la sangre de sus heridas.

El mundo nuevo engendrado por los diplomáticos tardaba en nacer; y al irritarse las primeras esperanzas insatisfechas se acentuaba la impresión de vivir en lo interino y provisional. La lentitud y el sigilo de las negociaciones, el prestigio intacto aún de ciertos hombres, a cuya sombra se agrupaban ya intereses bastardos que pretendían alzarse con la representación del interés general, y el incansable celo de la censura, mantenían en suspenso el juicio público. Los tópicos de la guerra subsistían, y aunque eran inútiles o falaces, casi nadie echaba de menos otros. La gente se dejaba gobernar por consignas caducas: unión sagrada, silencio, aplazamiento de las discordias políticas; durante un año, la acción de los directores de Francia ha consistido en aplazar la discusión de los problemas planteados por la paz. Al despertar de una pesadilla de cuatro años, la gente mostraba un buen humor y una conformidad inverosímiles. Cada cual a su manera se puso a «recuperar el tiempo perdido»: o trabajando o divirtiéndose. El ansia de innovar no era menor que la avidez de goces; así fué de fascinador el espectáculo de la capital en esos meses. Nunca ha sido París más olvidadizo y jubiloso. Un himno a la vida parecía levantarse de entre las ruinas; costaba trabajo descubrir, bajo la máscara risueña, la fatiga y el aplanamiento verdaderos.

Si se quiere dar a la interinidad que representa el año 1919 su significación propia, debe ser mirada como el tiempo que le ha hecho falta al espíritu nacional para percibir, entre las alegrías y los bienes de la paz,

LA PLUMA

el costo de la guerra. El terrible contenido de la paz, es decir, el problema de rehacer un país arruinado y exangüe, ha tardado en revelarse a la conciencia francesa tanto como tardó la guerra misma en aparecérsele en toda su magnitud. Mas por fatigada o distraída que estuviese la atención pública, se ha visto al fin compelida a echar ciertas cuentas; hoy ya nadie ignora en Francia la pesadumbre de la carga. La insinuación se ha ido haciendo poco a poco, por caminos muy diversos, ya que la sensibilidad para una misma cuestión es diferente según la zona de la sociedad que observemos. Desde la comprobación del despilfarro de vidas y bienes hasta la del fracaso de ciertos valores implicados en la causa anti-alemana, pasando por la incomodidad actual de la vida, por las inextricables dificultades económicas y por las amarguras y reveses de la política interna y exterior, no hay ahora ninguna consecuencia de la guerra que no haya producido ya su máximo efecto en el ánimo colectivo. Yo no he hablado con ningún francés que no vea en las condiciones de la paz un chasco penoso. El sentir general ha ido moviéndose desde la confianza al desengaño. Si la unión de todos los franceses se cambió en unión de todos los *buenos* franceses, hasta declarar «fuera de la ley de la nación» a los proletarios intransigentes, la prevención contra lo extranjero ha pasado a ser manifiesta hostilidad. El entusiasmo por el aliado generoso (entusiasmo momentáneamente superior a las irreductibles diferencias de los caracteres nacionales) y la frialdad, entre burlona y recelosa, con el neutral, son ahora aversión y desprecio. Las dificultades crecientes, al socavar la confianza y difundir la inquietud, han incubado un humor quebradizo, pesaroso, no limpio de encono. Quien describa los caminos por donde tal mudanza se ha operado, habrá escrito, en cuanto afecta a la opinión francesa, la historia del armisticio.

El solo intento de esbozarla pone ante el curioso un caudal de hechos tan fecundo en enseñanzas, que al escoger para estas notas los más capitales me he visto en un apuro del que no sé si he logrado salir. Trátase, en suma, de sorprender el momento en que el país recobra la libertad para juzgar y somete a discusión el azote de la guerra con ánimo de descubrir quién se lo ha impuesto y por qué motivos, o de parangonar los estragos

materiales y morales causados por la guerra con el principio que obliga a participar en ella sin consultar la conciencia individual, o de sopesar los frutos obtenidos de tan terrible trabajo, aun habiéndolo aceptado con mansedumbre o con gusto. Por desacordes que estén las respuestas que cada cual obtenga, y por intrincados que sean los numerosos problemas de orden histórico, o económico, o político, que al liquidarse la guerra se plantean, la preocupación mayor es de orden moral. Se trata de valorar la guerra. El hombre—en este caso el francés—, rebelde a su destino, interroga al ídolo que le devora. Escogeré, pues, ante todo, un cierto número de testimonios, ya sean juicios proferidos directamente sobre la guerra, ya estén formulados por modo indirecto en obras de imaginación. Es ajeno a mi propósito examinar la influencia de la guerra en la literatura; las novelas y comedias en que se estudia los conflictos morales por aquélla suscitados, obras compuestas bajo la impresión de los sucesos por quienes los han visto y sufrido, tienen valor excepcional en esa galería de testimonios; sólo por ello las citaré aquí. Igual motivo nos lleva a hacer el alarde de ciertas cuestiones de orden político, cuyo fondo es, en definitiva, una apreciación de la guerra, propuesta, no por un observador solitario, sino por masas en movimiento.

No estoy seguro de que a todos interese tanto como a mí esta cuestión, que además de su importancia intrínseca me solicita con la emoción retrospectiva del camino recorrido para proponérmela. Pero no voy a asociar a nadie por capricho a un mero episodio de una biografía intelectual. ¿Adónde nos ha llevado la guerra? ¿Qué ha destruído en nosotros? Estas son cuestiones de interés general. Las devastaciones más terribles no son acaso las que se ven en los campos de batalla, sino los estragos en los espíritus, que no se podrá reparar. La observación del caso en Francia es el medio de abarcar una cuestión que importa a todos, aislándola en un campo de experimentación local. No es la primera vez que procedo así. El examen de la sociedad española contemporánea me ha llevado, como a muchos, al de otra u otras sociedades europeas más robustas y activas. En las cuestiones de orden moral y práctico, en las que la persona que observa es a la vez actor y espectador, conviene buscar los lugares en que

LA PLUMA

la razón pueda ejercer con frialdad su función crítica para que el deber de probidad intelectual no se quebrante en provecho de otros apetitos, también nobles, que nos estimulan a la acción. De las diferentes vocaciones que pueden ofrecerse en la vida, yo preferiría siempre aquella que más en derechura me llevase a ser con plenitud hombre de mi tiempo, es decir, a incorporar a mi vida personal todos los problemas que agitan el medio social en que me muevo. Es más difícil de lo que parece conseguirlo. El desdén, la timidez, pueden despistarnos. Hay que confundirse y dejarse confundir; hay que aceptar de antemano las limitaciones que esa sumisión impone. Si la romería pasa por el llano, prefiero ir en la romería a epilogar sobre ella desde un otero; prefiero ir en la procesión a repicar en la torre. Puestos a considerar las cosas de España, lo que más me importa es determinar bien mis relaciones personales con el medio; gradúo los sucesos que me circundan en lo que valen como pábulo de mis apetitos. La confluencia de la vida intelectual, puramente interior, con la vida social y exterior, hecha entre todos, es el torbellino donde uno quisiera estar siempre, como en el foco donde se condensan todas las actividades. La síntesis formidable en que la idea es una pasión y los conceptos banderas, quisiera verla realizada en cada minuto. Si el deber es discurrir con pulcritud y ahinco, paréceme que en el orden de la acción lo heroico es proceder como un sectario, conocidas de antemano las relatividades y con la resolución de agotarlas. El riesgo es aminorarse hasta perder de vista el punto de partida y deformarnos engañándonos a nosotros mismos. Pero en las cuestiones de orden político, en cuanto la razón se aplica a observar lo que al corazón no le interesa, el placer intelectual puro arriba sin obstáculos al primer plano. Observar un medio con el que no está uno ligado por ningún interés personal, en busca de una verdad o de una información, cualquiera que sea el fruto que pueda dar, es un ejercicio indispensable para que el equilibrio no se rompa; ejercicio que he practicado por instinto en más de una ocasión.

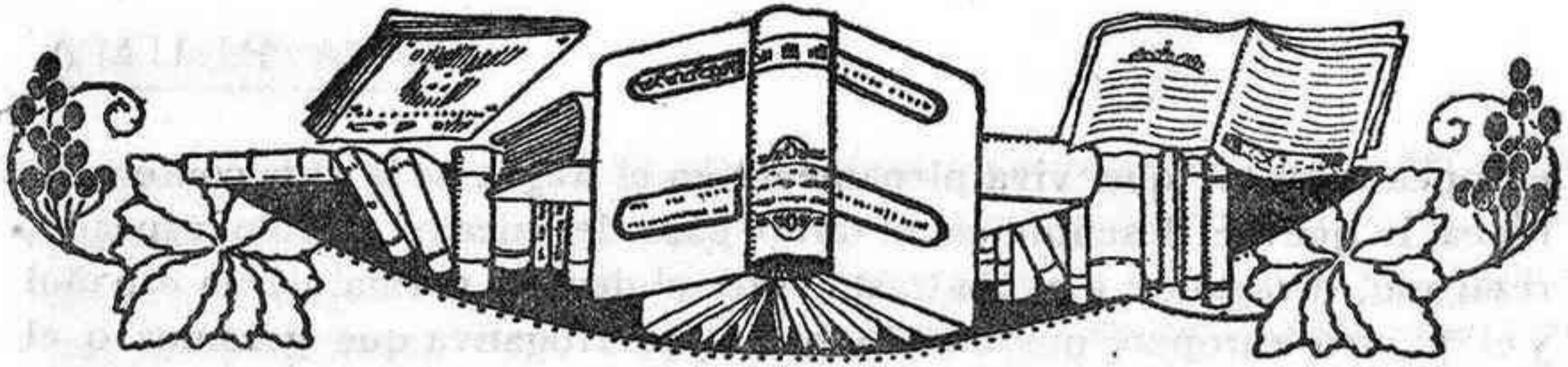
Nacido en país llano, cuando por vez primera, siendo niño aún, estuve en país montañoso, lo que aprendí a conocer no fué tanto la montaña como la llanura. Al comparar la sociedad española con cualquier sociedad

européa robusta, que viva plenamente en el fragor de la vida contemporánea, lo que se descubre es el tardo paso de nuestro pueblo, aspeado, rezagado, divagador; y el contraste entre el destino normal de un español y el de otro europeo, nos enseña que la prerrogativa que gozamos o el permiso que nos tomamos para zigzaguear, dispersándonos sin esfuerzo por entre las mallas de una sociedad sin cohesión ni disciplina, no es compensación suficiente del fracaso cierto de nuestras vidas.

El azar, tanto como mi gusto personal, me llevó años hace a tomar la sociedad política francesa como pantalla sobre la que proyectar la silueta española, y ver qué tal parecía. En aquel tiempo Francia vivía según ciertas normas que eran la trasposición de la ideología que uno fraguaba cuando, puesta la vista en España, se entregaba al placer de rectificar lo tradicional por lo racional. Parecía el ámbito donde sin menoscabo del fondo peculiar de la nación, más hueco se abría a lo universal humano. La autoridad concedida al espíritu crítico placía a la soberbia intelectual. Reconocíamos en tales normas algunas de esas verdades que uno acepta a fuer de hombre y por las que, intransigente y violento, quisiera combatir como español. La pasión que a todos nos mueve en cuanto nos vemos implicados en los problemas nacionales y la atracción irresistible de una verdad, superior a las contingencias locales, juntaban así sus fuerzas. La oposición de intereses en política se transforma en un fanatismo espléndido cuando se combina con el desprecio hacia el hombre a quien vemos sumido en un yerro intelectual.

Al preguntarnos ahora lo que ha devastado la guerra en el espíritu francés, queremos averiguar lo que permanece en pie de aquella ideología, no sólo en Francia, sino en nosotros; cuál era su fuerza de resistencia y hasta qué punto han cambiado, no sólo el pensamiento, sino nuestra capacidad de entusiasmo y nuestros móviles de acción.

MANUEL AZAÑA



LIBROS Y REVISTAS

Pío Baroja.—*Divagaciones sobre la cultura.*—Madrid, Caro Raggio, 1920.

Una conferencia leída en Bilbao y convertida en opúsculo por el editor. A muchos literatos desencanta la última fase de Baroja; yo no puedo considerarla sin emoción. Evidentemente se viene preparando de tiempo atrás. Sorprende a muchos este deseo de conocer y buscar en campos ajenos al arte, propios de la filosofía; pero, ¿no les sorprende que en estos ensayos ideológicos, el lenguaje sea positivamente el más apto que pudiéramos soñar para la conducción del pensamiento? El literato, en Baroja, venía trabajando ya de antiguo, sin darse cuenta tal vez, su prosa didáctica (muy lejana, sin embargo, del lenguaje científico). Una prosa clara y recta, sin anfibologías; en cierto modo clásica, puesto que no emplea más que lo necesario para tocar la inteligencia o la sensibilidad.

Este opúsculo y el libro anterior *La caverna del humorismo*, se apoyan en dos interrogaciones: ¿qué es la cultura?, ¿qué es el humorismo? Parte de preguntas como los filósofos; pero en el libro, por estar más cerca todavía de sus producciones literarias, anda vacilando entre lo arbitrario y lo serio, mientras en el opúsculo se encara con la pregunta severamente. ¿Viene de aquí el desencanto de algunos? Baroja, en efecto, tira por la borda la última taracea, el último sistema ornamental. Ya la teníamos libre de todo convencionalismo retórico; pero le quedaba la pirueta intelectual, el pensamiento giratorio y divertido. ¿Hace bien?, ¿hace mal? No creo necesarias estas preguntas. Baroja cambia. Sigamos a ver lo que anda y lo que resiste. Lo interesante es la inquietud que con ello revela. Por de pronto, acomete con brío juvenil los problemas que debieron abordar ya los técnicos o documentados. Acaso no tuvieran interés sus aportaciones en un país extranjero—lo cual sería grave desde el criterio de universalidad—; pero en España tan remolona, ¿quién duda que camina sobre tierra virgen?

J. M. V.

Pío Baroja.—*La caverna del humorismo*, Madrid, 1919.—Rafael Caro Raggio, editor.

En la dedicatoria a una joven lectora, excúsase Baroja de no poder ofrecerle Falerno ni Cécubo guardado en cántaros sabinos, y sí sólo una bebida fantasista, más agria que dulce y con más espuma que alcohol, elaborada por él mismo con los frutos ácidos de su huerta. Sincérase después con un joven literato. «Todos los escritores—dice—tenemos un ciclo parecido y vamos, tarde o temprano, a pasar por el mismo signo del zodiaco. Yo ya he pasado por el de la novela, el del cuento, el de la crónica y el de la autobiografía. Ahora estoy en el de las teorías estéticas.»

Para exponerlas se vale de una ficción literaria sin intriga novelesca. Varios excursionistas a las regiones polares, entre los cuales el doctor Guezurtegui, profesor agregado a la imaginaria Universidad de Lezo, sorprendidos al regreso de su viaje por la guerra, son internados en un campo inglés de concentración. Descubren allí cerca la caverna de Humour-point, y con las conferencias que dan otros profesores tudescos, compañeros suyos de amable cautiverio, y sus impresiones personales, envía el doctor Guezurtegui sus comunicaciones a la Universidad de Lezo, escritas en los respaldos de las facturas del hotel, en los prospectos de las sombrererías o los *music-halls*.

La caverna de Humour-point, confortabilísima, con calefacción central, convertida en museo del humorismo, está comprendida, con el antro de Trophonius, el antro de Baco, la caverna de Platón y la cueva de Zugarramurdi, en la espeleología espiritual.

Al doctor Guezurtegui le parece que en el fondo de toda obra humana no hay sino egotismo y sistema. Y se le antoja absurdo que sabiéndose cosas lejanísimas de astronomía, no sepamos qué es el humorismo. El doctor Guezurtegui no se satisface con las teorías de Bergson y de Kant acerca de lo cómico y el origen psicológico de la risa. De lo cual deduce que «hay que marchar, pues, a la casualidad, tomar la idea del humorismo en bloque y llevarla de la derecha a la izquierda, empujándola, y a ver si, a medida que se avanza en esta tarea, van apareciendo puntos de vista nuevos», método que él mismo reconoce primitivo y malo, pero al cual impresionismo se entrega a falta de agarradero mejor.

Estima el catedrático inventado por Baroja que el humorismo da, más que ninguna otra forma literaria, la impresión de algo temperamental. Y así, cada humorista literario le hace el efecto de una isla, sin comunicación con sus semejantes. De donde tenemos la isla de Shakespeare, la isla de Cervantes, la isla de Rabelais, la isla de Juan Pablo y la isla de Dickens. No dicen el doctor ni su intérprete si en ese vago mapa tales islas constituyen al menos un archipiélago estético o moral.

El humorismo para Guezurtegui es un arte de contrastes violentos, un arte subversivo de los valores humanos. «La tesis está en el humorismo; la antítesis en el romanticismo; la síntesis en el humorismo.»

LA PLUMA

Por otra parte, «el humorismo es improvisación, la retórica es tradición. La una aspira al orden por la sujeción, el otro al orden por la anarquía.»

Al cerrar el libro, el lector ingenuo acaba por hacer suya la opinión que Baroja atribuye a su protagonista; es decir, que «como no tenemos un acuerdo definitivo para el uso de las palabras—o por lo menos, pensamos nosotros, para el modo de usarlas el doctor Guezurtegui—ni un diccionario de conceptos exactos y bien determinados, todas nuestras nociones son mixtas y confusas.»

C. R. C.

Eugenio D'Ors.—*La Bien plantada de Xenius.*—Traducción del catalán por Rafael Marquina.—Colección Universal Calpe. Madrid-Barcelona, xcxxx.

La Colección Universal inaugurada por la Compañía Anónima *Calpe* en julio de 1919, con amplio criterio de divulgación popular, quizá desmedido, pero plausible y alentador, inserta en el número 176 de los 20 correspondientes al mes de marzo, *La Bien plantada de Xenius*.

Hace ya algunos años que este «ensayo teórico sobre la filosofía de la catalanidad» vió la luz paulatinamente en los *Glosari* que su autor publicaba en *La Veu de Catalunya*. Suscitó entonces el interés de los círculos literarios, y al decir de Ors en el prólogo a esta segunda edición castellana, pasó luego a desordenar las mentes de algunas mujeres que con el delirio de creerse la Bien plantada se albergan hoy en algún manicomio de Cataluña. No se decidía, pues, Eugenio D'Ors a reeditar su obra, temeroso de contribuir con ella a envenenar el ambiente. De 1912 acá no se había reimpresso. Si ahora consiente en ello, es por creer que ha empezado a mejorarse ya el gusto catalán, «perdido antes entre las abominaciones de un arte radicalmente reñido con lo clásico y con la simplicidad», y que en esa mejora puede haber influido algo la Bien Plantada.

¿Quién es la Bien Plantada, que tanto preocupó antaño a los habituales lectores de los *Glosari*, de *Xenius*?

La Bien Plantada es un arquetipo de mujer catalana, mide un metro ochenta y cinco de altura, viste a la moda holgada del verano de 1911, tiene buen apetito, es dormilona, poco dada al rubor, callada, y de tan distraída, casi sonámbula; no le importan los hombres, pero le gustaría tener criaturas que fuesen suyas; llega, de improviso a veranear con su familia en un pueblecito de la costa. Se llama Teresa, nombre lleno de gracia cuando se pronuncia a la manera de los catalanes, «nombre simbólico, ardiente, amarillo, áspero» en Castilla, pero que adquiere otro sabor en la tierra del Sr. Ors, «un sabor a un mismo tiempo dulce y casero, caliente y sustancioso como el de la torta azucarada».

Teresa es la segunda de tres hermanas. «La razón humana—dice *Xenius*—halla un profundo placer en distribuir cada una de las realidades que contempla, en tres partes ordenadas. Así tenemos: Esparta, Atenas, Macedonia—Es-

quilo, Sófocles, Eurípides—....—y Florencia, Roma, Venecia—...y en la vida vegetal, primavera, estío, otoño», etc. Y Teresa siete amigas, número que «también satisface a la razón» a semejanza del número tres y sus múltiplos, que presiden la gracia de la Beatriz dantesca de la *Vita Nova*. «La Bien Plantada: a la Gioconda: La Gioconda: a Botticelli».

En resumidas cuentas, Teresa tiene un novio y acaba por casarse con él. «La Anécdota devora la Categoría.» Porque la Bien Plantada era un símbolo de la raza catalana. La Bien Plantada, como alguna prima espiritual suya del otro lado del Pirineo—Xenius no nos dice si el padre de Teresa es algo pariente de la madre de Colette Baudoche—, es como un árbol, raíces en tierra y raíces en el cielo—las ramas—. «La divina carne en que está fabricada Teresa, bebe la noble savia de todos los muertos de su raza, que es la nuestra, y de su cultura».

Se casa, en fin, la Bien Plantada, y asciende a la gloria de las puras entelequias. Se casa con un buen mozo, y al perderse en la vida cotidiana, cobra meridiana claridad a ojos de Xenius, que al pensar en ella piensa en la danza de la sardana, en Ampurias, en la escultura de Clará, en el *Canto Espiritual* de Maragall, en el Liceo de Barcelona, en los grandes Trabajadores, capitanes de Industria, y en el Presidente de la Generalidad, es decir, República de la gentes de Cataluña.

Eugenio D'Ors, dimitido recientemente de la Dirección de Instrucción Pública de la Mancomunidad catalana, ha publicado hace un mes en *La Internacional* de Madrid una carta al subsecretario francés M. Emmanuel Brousse, renegando, con ocasión de la visita de Joffre a Barcelona, del catalanismo oficial, opuesto al suyo, que no quiere saber nada de catalanes contra *castellufos*, porque el suyo es el de Pí, el de Maragall, el de Arago.

C. R. C.

Rafael Calleja. — *Rusia. Espejo saludable para uso de pobres y de ricos.* Madrid, 1920.—Biblioteca Calleja.

Este libro es el primero de su autor, copropietario de una de las casas editoriales españolas más antiguas y fuertes. En el título, graciosamente literario y sugestivo, muéstrase ya la principal virtud del texto: la sinceridad.

Hubiérale sido fácil al Sr. Calleja, como hacen otros empresarios de conciencia menos escrupulosa, unirse con voz de falsete al coro de alabanzas revolucionarias en loor de los soviets de Rusia. Podía, por el contrario, haberse acogido cómodamente al seguro beneplácito de los conservadores a ultranza, con afiliarse literariamente a la Acción Ciudadana. Pero el Sr. Calleja es un espíritu liberal, tan consciente y organizado, en su calidad de burgués, como pueda serlo el último de sus obreros, un hombre de buena fe.

«Considero tan justas—dice—las leyes que rigen la vida industrial, tan adecuadas a la naturaleza humana, tan beneficiosas para el interés común, que mi

LA PLUMA

visión del problema social y de sus soluciones consiste en aplicar esas leyes industriales a toda la vida social; que no será, o será siempre una lucha por la vida, un predominio del más fuerte.»

Pero la fuerza cuyo predominio afirma el Sr. Calleja, no es la del ciego despotismo. Antes bien, el valimiento del vencedor en un régimen de nonesta concurrencia.

Avaloran el ensayo del Sr. Calleja los apéndices que lo ilustran, en apoyo de su opinión. Complétalo el curioso esbozo de programa reformista, que cierra cumplidamente las 500 páginas del texto.

Lo afean cierta prosopopeya y esforzada altisonancia que en algunos pasajes entorpece su fácil lectura, tanto como en otros un mal disimulado desaliño con apariencias de sencillez. Pero defectos son éstos de primerizo. No es el estilo literario cosa que se improvise, sino que requiere aprendizaje duro. Tiempo sobrado tiene por delante el Sr. Calleja para adquirir la maestría que hoy le falta, pero que el lector ve suplida con cualidades harto raras, como son la ingenuidad, la valentía, la probidad, en fin, de que hace gala el joven autor de *Rusia. Espejo saludable*.

C. R. C.

Auguste Bréal.—*Velázquez.*—Avec huit phototypies et un fac-simile.—París.—Edition George Crés et C.^a—xcxix.

La primera edición de este ensayo se publicó en inglés hace quince años. Había sido escrita a la vuelta del primer viaje de su autor a España. Al cabo de diez años de estancia en Sevilla ha variado un tanto la impresión que entonces le produjo la contemplación de la obra de Velázquez. Prefiere dejar, sin embargo, sus anotaciones tal y como las escribiera a la sazón. El libro no pretende ser sino una *invitación al viaje*.

Cuenta M. Bréal en el prefacio una anécdota sabrosa y por demás significativa. Todos los datos que le han servido para su estudio están tomados de Stevenson, de Beruete y, sobre todo, del *Diego Velázquez y su siglo*, publicado por Carl Justi, en Bonn, en 1888, cuyas novecientas páginas de texto han contribuido no poco a la boga europea del pintor español. Ahora bien, como M. Bréal sintiera ciertas dudas acerca de la autenticidad de un Diario de Velázquez extractado por el erudito alemán, preguntóle a éste reiteradamente referencias detalladas de tan curioso hallazgo. Al cabo, Justi confesó que se trataba de una composición suya sobre documentos de la época, sin otro propósito que el de seguir el ejemplo de los historiadores romanos y de su imitador Macaulay.

Muy otro es el procedimiento de M. Bréal. Doscientas páginas de clara prosa bástanle para trazar una preciosa introducción a la pintura de Velázquez. «Discutían—dice—cierto día dos críticos acerca del arte de la pintura, ante Corot, que les escuchaba con respeto y asombro. Quitóse, al cabo, la pipa de la boca y dijo suavemente: La pintura no es una cosa tan complicada como ustedes dicen. Y se puso a pintar.

«Velázquez pinta lo que ve, pero escoge lo que le gusta en lo que ve y sabe lo que puede intentar reproducir; es uno de los secretos de su genio.

»Unos ojos maravillosos, abiertos ante un país de luz.» Tal es la definición que del pintor sevillano da este pintor francés.

C. R. C.

Luis Nueda.—*De música. Epistolario de un melómano.* Madrid, 1920.

Un libro difícil de comentar con una noticia bibliográfica: pertenece al género de controversia epistolar en el que llega pronto a hacerse difícil la distinción entre quién es el que propone y quién es el que rebate las teorías o las creencias del autor del libro. Hay, desde luego, un tono general y es, con la admiración total hacia Wágner y su obra, una simpatía también general por las cosas y las ideas alemanas. No tanta, sin embargo, que no le permita calificar de «libelos» a los dos libros de Nietzsche contra aquel gran dramaturgo musical. No es un exclusivista, aunque no tema serlo, el Sr. Nueda, y por eso encuentra «interesantísimas», «muy bellas», «muy originales», «reveladoras de un talento nada vulgar» ciertas páginas de Debussy, de Strauss, de Borodin, de Strawinsky, Rimsky, Ravel, etc.; pero no puede por ellas modificar su opinión sobre el genio y el talento que hace que considere a Wágner como el «genio musical por excelencia», lo mismo que D. Julio Casares, que prologa el libro del señor Nueda. Todo ello razonado en varios capítulos, en los que distingue entre lo «bello y lo sublime», discierne acerca de la «emoción estética», la «facultad creadora» y la «facultad comprensiva musical».

Hay en el libro del Sr. Nueda una cualidad esencial: el entusiasmo. Si sus juicios pueden no satisfacer a algunos, la virtud simpática de su literatura hace que se lea con gusto e interés su obra.

S.

Ernest Newman.—*A Musical Motley.*—London. John Lane. 1920.

Muy pocas de las obras que se publican sobre música son «obras» en el verdadero sentido de la palabra. Son libros en la forma, y periodismo en el fondo. Y la razón es, seguramente, la falta de un concepto estético general de la música y la dificultad de hacer un libro seriamente crítico y con un principio de unidad sin que ese libro no resulte difícil, pesado o sin interés para el lector general. Es claro que en España este «lector general» no existe para libros que hablen sobre la música, aunque sea de un modo fácil y variado como el del Sr. Newman. En Inglaterra sí, y en cantidad abundante. Por eso, el autor ha creído necesario justificar el carácter misceláneo de su libro advirtiendo que se trata solamente de una colección de artículos de periódicos diarios, con lo que su carácter general está definido: ligereza y brevedad. De cincuenta artícu-

LA PLUMA

los se compone esta colección, algunos en serie, como los que tratan del «pequeño poema musical», los tres muy ingeniosos sobre «The elastic language», la «Música sin sentido común» y el ensayo sobre «Colocación en su sitio», de los clásicos.

Newman es uno de los escritores sobre música más agudos y más perspicaces de su país. Su estilo es incisivo, rápido y seguro. Ve las cosas inmediatamente y atina siempre con su lado flaco. Un golpe certero y después un comentario irónico. Ha pasado el tiempo de la literatura musical dulcinea al estilo de Mauclair. Hoy el crítico tiene forzosamente que ser mordaz; le invitan a ello tres cosas: la psicología de los compositores, siempre elemental aunque quiere parecer complicada; el lenguaje de la obra, oscilante entre la candidez o la pretensión, y, por fin, el público, este público musical, con su instinto para escoger con toda exactitud la posición más desacertada.

S.

Daniel J. Mason.—*Contemporary Composers.*—New-York.—The Macmillan Company.

Este libro no es absolutamente reciente. Su «copyright» data de 1918, pero como hasta ahora no ha llegado por nuestras longitudes ni se ha visto antes de ahora su anuncio por los periódicos americanos, podemos dar cuenta de él como nuevo. En rigor, su novedad no es tampoco mucha: consiste en una recopilación de artículos de revista que viene a completar la serie de obras en las que Mason recorre la historia del arte musical. Después de «Beethoven and his fore-runners», de «The Romantic Composers» y «From Grieg to Brahms», el volumen actual presenta a las figuras contemporáneas más salientes: Strauss, Elgar, Debussy y D'Indy, según el orden seguido por el autor, que precede a sus bocetos crítico-biográficos con un ensayo sobre «Democracy and Music» y termina su libro con un artículo informativo sobre la música en la América del Norte.

Mason no es un «ecléctico», felizmente para él, pero no es un intransigente, felizmente para nosotros, que no participamos en sus entusiasmos por Strauss, Elgar y D'Indy. Ese escritor pertenece a la clase «mesurada» que invoca el «respeto para las ideas ajenas» en compensación a su suave desdén para aquellos a los cuales son sus propias ideas las «ajenas». En todo caso, se lee con interés y no sin cierto provecho. No deja de tener puntos de vista acertados y una buena ponderación de valores, que es, en resumen, la base de la crítica.

S.

Camile Mauclair.—*Les héros de l'Orchestre.*—París, Fischbacher, 1919.

Con este título aparece un volumen parejo a aquel de la «Religión de la Música» que, hace algunos años, constituyó un casi Nuevo Testamento de los aficionados. Ahora, ambos volúmenes llevan el título general de «Ensayos sobre la emoción musical». Es la misma literatura blanda, cálida, confidente, muy

para el uso institucionista y de estudiantes residentes. Camile Mauclair fundó esta religión musical, capilla de la otra religión de la belleza ruskiniana; pero los santos que Mauclair reverencia han sufrido un rudo golpe después de la guerra. «Non posso io cantar comm'io soleva», y el autor nos advierte que el ruido del cañón ha asustado al Hada. Si ahora publica recuerdos del tiempo pasado, laudos en aquellos mismos tonos que en su volumen primero, advierte que es en calidad de homenaje sobre la tumba de los genios, que en otro tiempo fueron el encanto de una tarde de conciertos.

Tales ecos de lo pasado son aún esa literatura convencional y ya desprestigiada por su exceso. «Escuchando la Novena», «La misa en re mayor», «Beethoven y Miguel Angel», «Al margen de J. S. Bach». Ante las tumbas de Schumann, de Liszt, de Chopín, de Pugno... «Un peu de trop», todo esto. Pero está muy bien ese artículo sobre Gluck, músico checo, y es curioso otro sobre Karsavina y Mallarmé, pero no aseguraríamos que les complaciese a ella ni a él.

Ya estaban bien en 1908 los artículos de un recelo antiwagneriano. Hoy no son más que evidentes. El gran pedantón de Baryeuth ha pasado a la gloria con Meyerbeer, Berlioz y los demás teatralistas románticos. *Sic transit...*, La de Wá-gner, para muchos, es todavía un artículo de fe.

S.

A. Ossorio.—*El alma de la toga.*—Madrid, Pueyo, 1920.

La Universidad no forma científicamente al alumno. La Facultad de Derecho «no produce sino vagos, rebeldes, destructores, anarquizantes y hueros. La formación del hombre viene después.» Para contribuir a ella, el autor ofrece a los abogados jóvenes el fruto de su ya dilatada experiencia en punto «a la función social del abogado, sus tribulaciones de conciencia, sus múltiples y heterogéneas obligaciones, la coordinación de sus deberes a veces antagónicos».— Abogado es el que demanda justicia ante los Tribunales y dispensa su consejo, de valor moral tanto como técnico, en los conflictos de intereses y de pasiones entre particulares. El norte del abogado no ha de ser la ley, sino la justicia, y saber percibirla en cada caso es la suprema maestría. El Sr. Ossorio habla de una *sensación de justicia*, especie de revelación interior, que por no estar bien definida se parece demasiado a la corazonada vulgar o al ojo clínico del médico práctico. Averiguado que la justicia está de su parte, debe el abogado servirla con todos los recursos que le sugiera su ingenio al manejar los textos legales: «hay que servir el fin bueno aunque sea con los medios malos.» El abogado debe confiar únicamente en la fuerza interior; no ha de ser solo un docto, sino un héroe. El cuadro que sirve de fondo a este parangón es desconsolador y remueve en nuestro ánimo los posos de una aversión antigua. El Sr. Ossorio rompe una lanza por la Magistratura, que no es tan incapaz como dicen: «en cada Sala suele haber más de un magistrado que atiende y discorra.» El letrado español apenas lee; el Sr. Ossorio le aconseja que se gaste, cuando menos, diez duros anuales en literatura. En lo económico, los abogados no pueden luchar como explotados frente a los explotadores; no pertenecen a una ni otra casta;

LA PLUMA

hay en sus filas proletarios subyugados y patronos abusivos. «Se comprende la sindicación de aquéllos contra éstos; pero la de todos juntos, ¿contra quién?»

El libro es muy personal, escrito con brioso desenfado, a veces excesivo; no hubiera perdido nada con filtrar un poco más ciertas ideas, como en lo relativo a la especialización en las «profesiones científicas»; ¿y qué significa aquello del «doctrinarismo que siembra la duda y el sensualismo que perturba nuestra moral?»

M. A.

* * *

En la *Nouvelle Revue Française* (abril 1920), Jules Romains inserta una nota acerca del «movimiento de los espíritus» en Cataluña. No pretende atraer las reflexiones ni la simpatía del lector sobre la situación política del Principado, ya que los franceses se han afanado durante un siglo en descubrir naciones oprimidas y no es seguro que los resultados hayan sido buenos. El nacionalismo catalán, además, no es una doctrina de catástrofe; los catalanes no preparan metódicamente una guerra civil; piensan que una civilización elevada y armoniosa es un arma poco menos eficaz que la artillería. Veneran su poesía y su lengua. Un pueblo ignorado, negado, se agrupa en torno de su centro espiritual y comprueba su razón de existir al contacto de su poesía. La nueva Cataluña ha sido fundada por los libros. Una antología francesa de la poesía catalana mostraría al lector francés que la concepción corriente del carácter español, aun despojada de ciertos rasgos de burda composición, evidentemente falsos, no puede aplicarse a los catalanes. La amistad intelectual de Francia y Cataluña se recomienda, además, porque en la obra de reconstrucción que ha de hacerse en Europa para equilibrar una gran civilización intelectual, debe Francia buscar con cuidado a los que por sus dotes naturales y sus aspiraciones espontáneas son sus colaboradores inmediatos. Los catalanes poseen buen sentido, optimismo, gusto por la vida, sin el énfasis ni la ligereza meridionales, justamente odiadas por los hombres del Norte. Pero no es seguro que sean invulnerables a las malas influencias que puedan corromperlos.

Gacetilla.

Gracias sean dadas.—A todos los colegas que han acogido con palabras corteses el nacimiento de LA PLUMA. Muy ruborizada, porque es jovencita, LA PLUMA promete acentuar sus cualidades, y, ya que no pueda suprimirlos del todo, promete al menos cambiar de defectos, que es también un modo de mejorar.

Nos place haber hallado en Castrovido, que nos dedicó en *El País* un saludo tan inteligente y cordial, un coadyuvante para nuestra campaña de urbanismo madrileño. Llamado a colaborar en un diario más joven aún que LA PLUMA, Castrovido abre una sección con el mismo título que la de nuestro *Paseante en Corte*. ¡Muy bien! Esperamos que dentro de poco todos los periódicos reconocerán a la estética de la villa la importancia que nosotros le hemos dado.